

Stanisław Lem

# EL CONGRESO DE FUTUROLOGÍA

Línea C



# INTERZONA



Stanisław Lem

**EL CONGRESO  
DE FUTUROLOGÍA**

**INTERZONA**

**INTERZONA**

línea C

---

Lem, Stanislaw

El congreso de futurología. - 1a ed. - Buenos Aires : Interzona

Editora, 2014.

128 p. ; 21x13 cm. - (Línea C)

Traducido por: Bárbara Gill

ISBN 978-987-1920-77-8

1. Literatura Polaca. I. Gill, Bárbara, trad. II. Título

CDD 891.85

---

© Barbara Lem and Tomasz Lem, 2014

[www.lem.lp](http://www.lem.lp)

© interZona editora, 2014

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

[www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com)

[info@interzonaeditora.com](mailto:info@interzonaeditora.com)

Título original: *Ze wspomnien Ijona Tichego; Kongres futurologiczny*

Traducción: Bárbara Gill

Corrección: Clara Oeyen

Coordinación editorial: Brenda Wainer

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Composición de interior: Hugo Pérez

Composición de tapa: Brenda Wainer

Foto de tapa: *Cylinder Interior* de Rick Guidice, 1975.

ISBN 978-987-1920-77-8



© POLAND

Esta publicación ha sido subsidiada por Instytut Książki

© POLAND programa de traducciones.

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

El Octavo Congreso Mundial de Futurología se llevó a cabo en Costarricana. La verdad es que no habría ido a Nounas de no haber sido por el profesor Tarantoga, quien me había dado a entender que era lo que se esperaba de mí. También me dijo (y eso me dolió) que la astronáutica hoy en día es una forma de huir de los asuntos terráqueos. Todo el que está harto de ellos parte a la Galaxia, contando con que lo peor sucederá durante su ausencia. La verdad es que más de una vez, sobre todo durante mis primeros viajes, volvía con temor, atisbando por la ventanilla la Tierra para comprobar si no parecía una papa al horno. Por eso no me había resistido demasiado, solo aclaré que no sabía de futurología. Tarantoga respondió que en general nadie sabe de bombeo; sin embargo, corremos a los puestos al escuchar el grito: “¡A las bombas!”.

El consejo directivo de la Sociedad de Futurología había elegido a Costarricana como sede de las deliberaciones porque el tema era la explosión demográfica y los medios para combatirla. En la actualidad, Costarricana tiene el mayor índice mundial de crecimiento demográfico; se suponía que sesionaríamos con más eficiencia bajo la presión de semejante realidad. También era cierto que –pero lo decían solo los maliciosos– el nuevo hotel que la corporación Hilton había construido en Nounas estaba desierto, y al encuentro debían arribar, además de los futurólogos, el doble de periodistas. Dado que durante el transcurso de los debates no quedó nada del hotel, con la conciencia tranquila y sin ser acusado de publicidad encubierta puedo manifestar que era un Hilton magnífico. En mi boca esas palabras

tienen un peso particular, dado que soy un sibarita de nacimiento y solo el sentido de la responsabilidad me inclinaba a renunciar a las comodidades en favor de las fatigas de la astronáutica.

El Hilton costarricense se elevaba en ciento seis pisos a partir de un zócalo de cuatro pisos. Sobre los techos de la edificación baja había canchas de tenis, natatorios, solárium, pistas de *karting*, carruseles que al mismo tiempo eran ruletas, un campo de tiro (se podía disparar contra personajes rellenos, contra cualquiera que a uno se le antojara –los pedidos especiales estaban listos en veinticuatro horas–), un auditorio al aire libre con una instalación que rociaba al público con gas lacrimógeno,... Me dieron una suite en el piso cien, desde la cual podía ver solo la superficie de la pardo-morada nube de *smog* que envolvía la ciudad. Algunas instalaciones del hotel me llamaron la atención, como por ejemplo una vara de hierro de tres metros apoyada en un rincón del baño de jaspe, una capa con diseño de camuflaje en el armario o la bolsa con galletas bajo la cama. En el baño, al lado de las toallas, colgaba un grueso rollo de la típica cuerda de montañismo y en la puerta, cuando introduje por primera vez la llave Yale, advertí una pequeña inscripción: “La Dirección del Hilton garantiza que en este recinto no hay B O M B A S”.

Como es sabido, hoy en día los científicos se dividen en estacionarios e itinerantes. Los estacionarios, a la vieja usanza, realizan diversas investigaciones, en tanto que los itinerantes participan en todas las conferencias y congresos internacionales posibles. Es fácil reconocer a un científico de este segundo grupo: en la solapa siempre lleva una pequeña tarjeta con su nombre y grado académico; en el bolsillo, los horarios de las líneas aéreas; se ciñe la ropa con un ajustador sin partes metálicas y el cierre de su portafolios también es de plástico; todo con tal de no poner innecesariamente en marcha la sirena de alarma de la instalación que radiografía a los viajeros y descubre armas blancas o de fuego. Esa clase de científico estudia su literatura profesional en los autobuses de las líneas aéreas, en las salas de espera, en los aviones y en los bares de hotel. Sin conocer, por motivos comprensibles,

demasiadas particularidades de la cultura terráquea de los últimos años, provoqué alarmas en los aeropuertos de Bangkok, Atenas y la mismísima Costarricana, cosa que no pude evitar a tiempo porque tengo seis arreglos dentales de amalgama. Había pensado hacerlos reemplazar en Nounas por otros de porcelana, pero los inesperados sucesos lo impidieron. En cuanto a la cuerda, la vara, las galletas y la capa, uno de los miembros de la delegación de futurólogos estadounidenses me explicó con paciencia que la hotelería de nuestros días adopta medidas de seguridad antes desconocidas. Cada uno de esos objetos eleva las posibilidades de supervivencia de los huéspedes. No presté la debida atención a esas palabras.

Los debates debían comenzar por la tarde del primer día, pero ya a la mañana nos entregaron los materiales de las conferencias impresos con elegancia, en un hermoso entorno gráfico, con variadas muestras de productos. Era particularmente linda la presentación de unos cupones de papel satinado color celeste en los que se leía “Pases de copulación”. Las conferencias científicas modernas también sufren la explosión demográfica. Dado que el número de futurólogos crece a la misma tasa que toda la humanidad, en los encuentros reinan la falta de espacio y el apuro. Ni hablar de referir una ponencia: hay que conocerlas de antemano. Por otra parte, a la mañana no había tiempo para eso, ya que los dueños de casa nos recibieron con una copa de vino. Esa pequeña ceremonia se llevó a cabo casi sin inconvenientes, si no se toman en cuenta los tomates podridos que le arrojaron a la delegación de Estados Unidos; ya con la copa en la mano me enteré por Jim Stantor, un periodista de la *United Press International* que conozco, que al amanecer habían secuestrado al cónsul y al tercer agregado de la embajada estadounidense en Costarricana. Los secuestradores terroristas exigían a cambio de los diplomáticos la libertad de presos políticos, pero para subrayar el peso de sus demandas enviaban a la embajada y al gobierno, de momento de a uno, dientes de esos rehenes, anunciando una escalada. Sin embargo, esta contrariedad no enturbió la cálida atmósfera del cóctel matutino. El mismo embajador

de los Estados Unidos estaba presente y pronunció un brevísimo discurso sobre la necesidad de la colaboración internacional, solo que habló rodeado por seis musculosos civiles que nos tenían en la mira. Reconozco que me sentí un tanto incómodo, sobre todo porque el moreno delegado de la India –que estaba a mi lado– a causa de un catarro quiso sonarse la nariz y metió la mano en el bolsillo. El vocero de prensa de la Sociedad de Futurología después me aseguró que los medios empleados habías sido imprescindibles y humanitarios. La escolta dispone solo de armas de grueso calibre con poca penetración, tal como los guardias de los aviones de pasajeros, gracias a lo cual nadie más puede ser perjudicado –al contrario de lo que sucedía antaño, cuando solía pasar que el proyectil, derribando al terrorista, atravesaba de parte a parte a cinco o seis personas inocentes sentadas detrás–. No obstante, la vista de un hombre derrumbándose a los pies de uno bajo un fuego concentrado no es demasiado agradable, inclusive cuando se trata de un simple malentendido, que luego da ocasión a un intercambio de notas diplomáticas con las disculpas del caso.

Pero en vez de entregarme a reflexiones del campo de la balística humanitaria, debería aclarar por qué durante todo el día no pude adentrarme en los materiales de la conferencia. Pasando por alto el doloroso detalle de haber tenido que cambiarme a toda velocidad la camisa ensangrentada, contrariando mis hábitos tomé el desayuno en el bar del hotel. Por la mañana siempre como un huevo pasado por agua, pero el hotel que lo sirva en la cama, sin la yema asquerosamente pegada a la clara, todavía no ha sido construido. Esto se relaciona, naturalmente, con el incesante aumento del tamaño de los hoteles metropolitanos. Cuando una milla y media separa la cocina del cuarto, nada evitará que la yema se corte. Hasta donde sé, ese problema había sido investigado por especialistas del Hilton, y llegaron a la conclusión de que la única solución sería un ascensor más veloz que el sonido; no obstante, el llamado *sonic boom* –el trueno que se oye tras superar la barrera del sonido– en el espacio cerrado del edificio provocaría la rotura de los tímpanos auditivos. Eventualmente se

puede pedir que el autómata de la cocina envíe huevos crudos, que en la habitación serán pasados por agua por el autómata camarero, pero a partir de eso ya falta poco para andar por los Hilton con un corral de gallinas propias. Precisamente por eso, a la mañana me dirigí al bar. En la actualidad el 95% de los huéspedes de hotel son participantes de toda clase de encuentros y conferencias. Un huésped solo, un turista solitario, sin tarjeta en la solapa y sin un portafolios rebosante de documentos de conferencias, es tan raro como una perla en el desierto. Además de la nuestra, en Costarricana también se celebraba una Conferencia de Jóvenes Contestatarios de la agrupación “Tigres”, un Encuentro de Editores de Literatura Liberada y el de la Sociedad Filuménica. Por lo general a tales grupos se les asignan habitaciones en los mismos pisos, pero queriendo distinguirme, la dirección me había alojado en una suite del piso cien porque tenía su propio palmeral en el que se ejecutaban conciertos de Bach; la orquesta era femenina y al tocar realizaban un *striptease* colectivo. Todo eso en verdad no me interesaba, pero por desgracia no había habitaciones libres, así es que tuve que quedarme donde me habían alojado. Apenas me había sentado en la banqueta del bar de mi piso, cuando ya un fornido vecino con barba color ala de cuervo (en su barba podía leer, como en un menú, todas las comidas de la semana anterior) me puso bajo la nariz un rifle de dos caños que llevaba en bandolera, y riéndose con desparpajo me preguntó qué opinaba de su papera. Yo no sabía qué significaba, pero preferí no admitirlo. La mejor táctica en esa clase de encuentros casuales es el silencio, ya que él solo me reveló sin ambages que la escopeta de dos caños provista de mira láser, gatillo de ajuste y cargador era un arma contra el papa. Parloteando sin cesar, sacó del bolsillo una foto ajada en la que se lo veía apuntando a un maniquí con solideo. Ya había alcanzado, según decía, el estado óptimo y se dirigía precisamente a Roma, a una gran peregrinación, para matar al Santo Padre junto a la Basílica de San Pedro. No le creía ni una sola palabra, pero sin interrumpir la cháchara fue mostrándome una reserva de pasaje aéreo, un librito de misa y un folleto sobre una

peregrinación de estadounidenses católicos, junto a un paquete de balas con la punta cortada en cruz. Por ahorrar había comprado solo un pasaje de ida, porque descontaba que los soliviantados peregrinos lo descuartizarían. Esa perspectiva parecía ponerlo de excelente humor. Presumí que me hallaba ante un loco o un extremista-dinamitero profesional, que hoy en día abundan, pero me equivoqué también en eso. Charlando sin parar y por fin bajándose de la banquetta, porque el arma se le deslizaba al piso, me reveló que precisamente era un católico fervoroso, en tanto que la acción que planeaba (la llamaba “acción P”) sería un sacrificio especial de su parte; le interesaba sacudir la conciencia de la humanidad, ¿y qué puede sacudirla mejor que un hecho tan extremo? Haría lo mismo, me expuso, que según las Escrituras debió haber hecho Abraham con Isaac, solo que al revés, porque no tumbaría al hijo sino al padre, y encima santo. Con eso daría testimonio del más alto sacrificio que puede ofrecer un cristiano, porque no solo expondría su cuerpo al sufrimiento, sino también el alma a la condenación, y todo para abrirle los ojos a la humanidad. Bueno, pensé, ya hay demasiados voluntarios para ese abrir los ojos; no convencido por la perorata, me fui a salvar al papa, es decir, a informar a alguien sobre ese plan, pero Stantor, con quien me topé en el bar del piso setenta y siete, sin dejarme terminar me dijo que entre los regalos que la última peregrinación de fieles estadounidenses le había entregado a Adrián XI había dos bombas de relojería y un barrilito repleto de nitroglicerina, en vez de vino de misa. Comprendí mejor su indiferencia al escuchar que hacía instantes los extremistas habían enviado a la embajada un pie, aunque todavía no se sabía de quién. Por otra parte, no terminó la conversación porque lo llamaron al teléfono; parecía que en la Avenida Romana alguien se había prendido fuego como señal de protesta. En el bar del piso setenta y siete reinaba un clima absolutamente distinto del que había en mi piso; había varias muchachas descalzas, vestidas con unas camisetas de cota de malla hasta la cintura, algunas con espada; varias tenían largas trenzas sujetas, como era la última moda, a un dije en el cuello

o a un collarcito con tachas. No estoy seguro de si eran filumenistas o quizá secretarías de la Asociación de Editores Liberados; a juzgar por las coloridas fotos que miraban, más bien se trataba de editoriales especiales. Bajé nueve pisos, donde se alojaban mis futurólogos, y en el sucesivo bar bebí un trago largo con Alfonso Mauvin de la *Agence France Press*; por última vez traté de salvar al papa, pero Mauvin recibió mi relato con estoicismo; solo gruñó que el mes anterior cierto penitente australiano ya había disparado en el Vaticano, pero desde una posición ideológica absolutamente distinta. Mauvin contaba con tener una entrevista interesante para su agencia con un tal Manuel Pyrhullo, perseguido por el FBI, la Sûreté, Interpol y varias otras policías, ya que era el fundador de una empresa de servicios nuevos: se alquilaba como experto en atentados con explosivos (se lo conocía con el alias de “Bombardero”), vanagloriándose incluso de su falta de ideología. Cuando una hermosa muchacha pelirroja, vestida con algo que recordaba a un camión de encaje densamente agujereado por series de disparos de ametralladora, se acercó a nuestra mesa (era, precisamente, la enviada de los extremistas que debía conducir al periodista a su cuartel general), Mauvin, alejándose, me entregó un volante de publicidad de Pyrhullo, por el cual me enteré de que era tiempo de terminar con las proezas de aficionados irresponsables, incapaces de distinguir la dinamita de la melinita ni el fulminato de mercurio del fusible Bickford; en tiempos de alta especialización no se hace nada por cuenta propia, sino que se recurre a la ética profesional y al saber de expertos concienzudos; en el revés del volante había una lista de precios de los servicios, en las monedas de los países más desarrollados.

Los futurólogos habían comenzado a congregarse en el bar, cuando uno de ellos, el profesor Mashkenase, entró corriendo, pálido, tembloroso, gritando que en la habitación tenía una bomba de relojería; el barman, por lo visto acostumbrado a tales cosas, exclamó automáticamente: “¡A cubierto!”, y saltó bajo el mostrador, pero enseguida los detectives del hotel descubrieron que algún colega le había hecho

a Mashkenase una broma estúpida, poniendo en una caja de budines un despertador común. Me pareció propio de un inglés, porque ellos aman los llamados *practical jokes*, pero la cosa fue olvidada porque aparecieron J.Stantor y J.G.Howler, los dos de UPI, trayendo el texto borrador del gobierno de Estados Unidos al gobierno de Costarricana relativo al asunto de los diplomáticos secuestrados. Estaba formulado en lenguaje llano, no diplomático, y no se llamaba por su nombre ni al pie ni a los dientes. Jim me dijo que el gobierno local podía recurrir a medios drásticos; el general Apolo Díaz, al frente del gobierno, se inclinaba por la posición de los “halcones” de que la violencia fuera contestada con violencia. En la reunión (el gobierno estaba en sesión permanente) se propuso pasar al contraataque: que a los presos políticos cuya libertad exigían los extremistas se les arrancara el doble de dientes, y dado que se desconocía el cuartel de los extremistas, los dientes les serían remitidos a una casilla de correo. La edición aérea del *New York Times*, mediante la pluma de Sulzberger, apelaba al sentido común y la fraternidad de la especie humana. Stantor me dijo por lo bajo que el gobierno había requisado un tren con material militar secreto, propiedad de los Estados Unidos, que transitaba por el territorio costarricano rumbo a Perú. Hasta ese momento a los extremistas no se les había ocurrido raptar futurólogos, lo cual desde su punto de vista no era algo tonto, dado que a la fecha en Costarricana había más futurólogos que diplomáticos. Mas un hotel de cien pisos es un cuerpo tan enorme y tan confortablemente separado del resto del mundo que las novedades del afuera le llegan como desde otro hemisferio. De momento ninguno de los futurólogos mostraba pánico: la agencia de viajes propiedad del Hilton no se veía sitiada por huéspedes reservando vuelos a Estados Unidos o cualquier otro lugar. Se había establecido que el banquete de apertura sería a las dos, pero yo no había tenido tiempo de vestirme con el pijama de noche; por lo tanto, subí a mi habitación y luego con el mayor apuro bajé a la Sala Púrpura del piso cuarenta y seis. En el vestíbulo se me acercaron dos encantadoras muchachas con pantalón bombacho y to-

*pless*, con nomeolvides y campanillas pintados sobre los pechos, y me entregaron una carpeta brillante. Sin mirarlas, entré a la sala, aún medio vacía, y quedé sin aliento al ver las mesas, no porque estuvieran copiosamente provistas, sino por la forma en la que estaban servidos todos los patés, bocaditos y picadas; hasta las ensaladas imitaban los genitales. Ni hablar de ilusiones ópticas, porque los parlantes ocultos emitían un éxito de ciertos círculos que comenzaba con las palabras: “Solo un tonto y un canalla menosprecia a los genitales, ¡porque hoy lo más moderno es publicitar las partes pudendas!”.

Aparecían los primeros comensales, con espesas barbas y poblados bigotazos, por otra parte solo gente joven, en pijamas o sin, cuando seis camareros entraron con una torta; cuando vi ese postre, el más obsceno del mundo, ya no tuve dudas: me había equivocado de sala y sin querer había aterrizado en el banquete de la Literatura Liberada. Con el pretexto de que había desaparecido mi secretaria, me retiré lo más rápido que pude y bajé un piso más para recobrar el aliento en el lugar correcto; la Sala Púrpura (y no la Rosada a la que había ido) ya estaba colmada. Oculté como pude la desilusión por la modestia del convite. El bufé era frío y de parado; para dificultar la ingesta habían sacado de la sala todas las sillas y sillones, por lo tanto había que ejercer la habilidad propia en estos casos, sobre todo alrededor de las fuentes más interesantes, donde había un compacto gentío. El *señor*\* Cuillone, representante de la sección costarricana de la Sociedad de Futurología, explicaba con una sonrisa encantadora que cualquier lujolujería estaría fuera de lugar, tomando en cuenta que el tema de las deliberaciones sería, entre otros, el desastre por hambre que amenaza a la humanidad. Naturalmente no faltaron escépticos diciendo que a la Sociedad le habían cortado los fondos y solo así podía explicarse un ahorro tan drástico. Los periodistas, profesionalmente obligados a la abnegación, daban vueltas entre nosotros, haciendo pequeñas entrevistas con las

---

\* En castellano en el original. (N. del T.)

estrellas de la prognosis extranjera. En vez del embajador de Estados Unidos había aparecido solo el tercer secretario de la embajada con una robusta escolta de esmoquin, el único, porque el chaleco antibalas es difícil de ocultar bajo un pijama. Escuché que los invitados de la ciudad en el vestíbulo eran sometidos a una revisión personal y parecía que ya se amontonaba una buena pila de armas requisadas. Los debates propiamente dichos serían recién a las cinco, por lo tanto había bastante tiempo para descansar y por eso subí al piso cien. Después de las ensaladas pasadas de sal sentía mucha sed, pero como el bar de mi piso estaba ocupado por los contestatarios y los dinamiteros con sus chicas, y yo ya había tenido bastante conversando con un papista (o antipapista) barbudo, me conformé con un vaso de agua de la canilla. Apenas la hube bebido, se apagó la luz en el baño y en las dos habitaciones, mientras que el teléfono, sin importar qué número marcaba, me comunicaba solo con un autómatas que contaba el cuento de la Cenicienta. Quise bajar, pero el ascensor tampoco funcionaba. Escuchaba el canto coral de los contestatarios, que ahora disparaban solo al compás; esperaba que sin puntería. Cosas así suceden aun en los mejores hoteles, pero no por eso son menos irritantes. Sin embargo, lo que más me asombró fue mi propia reacción. Mi humor, más bien miserable después de haber hablado con el tirador del papa, mejoraba segundo a segundo. Tirando a tuestas los objetos de la habitación, sonreía comprensivo hacia la oscuridad, y hasta la rodilla en carne viva después de un golpe contra la valija no había disminuido mi amabilidad hacia el mundo entero. Habiendo tanteado sobre la mesita de luz los restos de la comida que había ordenado entre el desayuno y el *lunch*, metí en un circuitito de manteca un jirón de papel arrancado de la carpeta del congreso y cuando lo encendí con un fósforo, conseguí una vela, ciertamente humeante, pero a cuyo resplandor me senté en un sillón, porque seguía teniendo más de dos horas de tiempo libre, incluyendo en el cálculo la hora de paseo por las escaleras (dado que el ascensor no funcionaba). Mi serenidad espiritual seguía fluctuando; observaba con interés los cambios que aparecían. Estaba alegre, directamente al-

borozado. En un santiamén podía enumerar montones de argumentos a favor precisamente de ese estado de cosas. Con la mayor seriedad me parecía que la suite del Hilton, sumida en la más negra oscuridad, llena del tufo y hollín del candil de manteca, aislada del mundo, con el teléfono contando cuentos, era uno de los lugares más agradables del mundo que uno podría conseguir. Además sentía un irrefrenable deseo de acariciarle a alguien la cabeza, o por lo menos apretar una mano prójima con una profunda mirada a los ojos llena de cordialidad. Sin dudar besaría al enemigo más encarnizado. La manteca, derritiéndose, chisporroteando y humeando, iba apagándose; el hecho de que “enmantecada” rimara con “apagada” me produjo un ataque de risa, aunque al mismo tiempo me quemara los dedos con los fósforos, tratando infructuosamente de encender otra mecha de papel. La vela de manteca apenas ardía, mientras yo tarareaba a media voz las arias de viejas operetas, sin prestar la menor atención al hecho de que el tufo me hiciera toser y las lágrimas corrieran por las mejillas desde mis ojos irritados. Al levantarme, me caí cuan largo soy al tropezar con la valija que estaba en el piso, pero también el chichón del tamaño de un huevo que apareció sobre mi frente mejoró aún más mi humor (si esto era posible). Me desternillaba medio ahogado por el hediondo humo, porque ni eso varió en un ápice mi alegre excitación. Me acosté sobre la cama sin hacer desde la mañana, aunque ya hacía rato había pasado el mediodía; pensaba en el servicio que demostraba tal desprolijidad como si fueran mis propios hijos: no se me ocurría nada fuera de ternos diminutivos y palabritas cariñosas. Se me pasó por la mente que aun si tuviera que ahogarme allí, sería la muerte más divertida, más simpática que podría desear. Esa constatación era tan diametralmente opuesta a mi forma de ser que actuó como un toque de diana. Mi espíritu estaba asombrosamente escindido. Seguía lleno de una claridad flemática, una especie de cordialidad universal hacia todo lo existente. En cambio, tenía las manos tan ávidas de acariciar a cualquiera, que a falta de otras personas, comencé a rozarme suavemente las mejillas y a tironearme juguetonamente de las orejas; también estreché varias ve-

ces la mano derecha con la izquierda intercambiando enérgicos apretones. Incluso los pies bailoteaban en busca de caricias. Junto a todo eso, en el fondo de mi ser se encendieron luces de alarma: “¡Algo no está bien!”, gritaba dentro de mí una voz lejana, débil, “¡ten cuidado, Ión, estate atento, cuídate! ¡Este clima no es confiable! ¡Actúa, vamos! ¡Eh, vamos! ¡Adelante! ¡No sigas sentado como un Onassis, bañado de lágrimas por el humo y el hollín, con un chichón en la frente, con esa cordialidad universal! ¡Es síntoma de alguna negra traición!”. A pesar de esas voces, no moví un dedo. Solo se me secó la garganta. Por otro lado hacía rato que el corazón retumbaba, pero me lo había explicado como consecuencia del amor universal inesperadamente despierto. Me acerqué al baño, tenía una sed terrible; pensé en la ensalada con demasiada sal del banquete, o más bien del cóctel de parado, después probé imaginar a los señores J.W., H.C.M., M.W. y otros de mis peores enemigos, y comprobé que fuera del sincero deseo de estrechar sus diestras, besar fogosamente sus mejillas y un par de palabras de fraternal intercambio de ideas, no sentía ninguna otra emoción. Eso ya era verdaderamente alarmante. Con la mano sobre el níquel de la canilla, sosteniendo con la otra el vaso vacío, me quedé inmóvil. Llené lentamente el vaso y retorciendo la cara en una mueca extravagante –veía en el espejo esa lucha de mis propios rasgos–, tiré el agua.

E l a g u a d e l a c a ñ i l l a. Sí. Desde el momento en que la bebí, comenzaron esos cambios. ¡Debía tener algo! ¿Veneno? Nunca había oído hablar sobre uno que... ¡Pero momento! Soy un abonado permanente a la prensa científica. Últimamente en *Science News* había aparecido una serie de notas sobre nuevos psicotrópicos del grupo de los llamados b e n i g n a t o r e s, que obligan a la mente a una alegría y buen humor sin referencias. ¡Pero sí! Tenía la nota ante los ojos del alma. Hedonidol, benefactorina, empatian, euforasol, felicitol, altruisán, bonocarecina, ¡y una cantidad de derivados! Al mismo tiempo, la sustitución de grupos de hidroxilos por aminas permitía la síntesis de drogas como furiasol, lissina, sadistcina, flagellina, agressium, frustrandol, amokolina y varios preparados rabiantes del llamado grupo biológico

(inclinaban a golpear y maltratar al entorno, tanto inerte como viviente; parece que los principales eran el patandol y la golpina).

El timbre del teléfono interrumpió esas ideas; al mismo tiempo se encendió la luz. La voz del empleado de la recepción del hotel humilde y solemnemente pedía disculpas por la avería, que justamente había sido reparada. Abrí la puerta al corredor para ventilar la habitación; en el hotel, hasta donde me daba cuenta, reinaba el silencio; medio intoxicado, todavía lleno de deseos de impartir bendiciones y caricias, cerré la puerta con traba, me senté en el centro de la habitación y comencé a luchar conmigo mismo. Mi estado de ese momento es increíblemente difícil de describir. Mis pensamientos en absoluto eran tan lisos y tan inequívocos como lo consigno. Cada reflexión crítica estaba como sumergida en miel, envuelta en una yema batida con azúcar de una estúpida autosatisfacción, cada una chorreaba un almíbar de sentimientos positivos, mi espíritu parecía sumirse en el más dulce de los pantanos, como si se hundiera en esencias de rosas y azúcares; me forzaba a pensar en lo que me resultaba más repugnante, en el canalla barbudo con la escopeta antipapa, en los licenciosos editores de la Literatura Liberada y su banquete babilonio-sodomita, de nuevo en los señores J.W., H.C.M., M.W. y varios otros canallas y sinvergüenzas, para comprobar aterrado que amaba a todos, les perdonaba todo: es más, de mis pensamientos inmediatamente saltaban como conejos argumentos que defendían todo mal e indecencia. El diluvio de amor por el prójimo me hacía estallar la cabeza, y lo que más me hacía sufrir es lo que definen las palabras “tender al bien”. En vez de pensar en venenos psicotrópicos pensaba ávidamente en viudas y huérfanos, a los que con placer protegería; sentía un asombro creciente al darme cuenta de que hasta el momento les había prestado tan poca atención. Y los pobres, los hambrientos, los enfermos, los miserables, ¡mi Dios! De pronto estaba de rodillas frente a la valija y tiraba todo su contenido al piso buscando lo más decente para ofrecérselo a los necesitados. Y de nuevo las débiles voces de alarma resonaron en mi subconsciente: “¡Atención! ¡No te dejes engatusar!

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en [www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com) y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

**interZona** es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

# INTERZONA